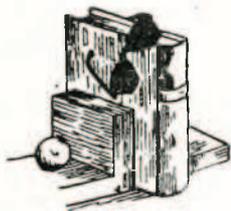


UN CUENTO GORDO

POR JESUS GUTIERREZ



TODAVIA no me he repuesto del susto. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a sufrir un atraco en plena calle? Bueno; eso, si puede llamarse calle al callejón de Morronguilleta.

Desde luego, si hay en Rentería un sitio que se preste a sorpresas y emboscadas, es precisamente ese: oscuro, tortuoso, estrecho, negro como boca de lobo.

Y yo iba por allí, tan distraído, camino de mi casa...

Cuando menos lo esperaba, sentí una sombra detrás de mí; y otra, más negra y más grande, delante.

Yo no tengo miedo. Yo he explorado en solitario profundas cuevas y solitarias cavernas. Pero, vamos, que un par de sombras en el callejón de Morronguilleta, imponen. Por eso, no hay que extrañar que me diese un vuelco el corazón y se me subiese toda la sangre al rostro.

Pero, acostumbrado a las emociones fuertes, aunque ví un pistolón ante mis ojos y sentí a mi espalda el frío metálico de una navaja, me mantuve impasible. Claro, que me temblaban un poco las piernas; pero puedo asegurar que desde fuera no se me notaba.

—¡Arriba las manos! —sentí tras de mí.

Luego salió una voz (no sé si salió de la boca del pistolón, o de la manga que iba detrás, o del sombrero negro del enmascarado que estaba ante mí). Y aquella voz dijo:

—No tenga usted miedo, que no le vamos a hacer nada...

—...si es que se está usted quieto —dijo el sujeto que estaba detrás de mí, terminando la frase del otro.

Puedo asegurar que aquella voz no era para tranquilizar a nadie. Por eso quise echarme un poco hacia atrás, pero sentí el pinchazo de la navaja, que me cerraba la salida.

Yo tenía las manos tan altas que casi tocaba los cables de la luz. Pero puedo garantizar que no tenía miedo. Sí que me castañeteaban un poco los dientes, pero era debido al fresco de la noche, y a la neblina, y a la humedad, y al relente. Sobre todo, a aquel maldito relente.

—Síguenos, y no te haremos nada. (La voz había vuelto a salir de la pistola, o de la manga, o del sombrero).

Yo les hubiera seguido; pero me empezaron a pesar tanto los zapatos, que no podía dar un paso. Por otra parte, todas las visceras, incluidos los intestinos, se me habían subido a la garganta, (por la humedad, sin duda), y no me permitían hablar.

De todas formas, me porté muy amablemente, ya que me dejé amordazar, tapar los ojos y atar de pies y manos, sin la más leve protesta.

Luego, cargaron conmigo y me depositaron en un coche. ¡Y ojalá hubiese sido un coche! Era un maldito «biscúter» (lo noté por el infernal ruido) y tuve que ir con las piernas fuera. Unas cuantas revueltas (a bandazo por vuelta) y paró el cacharro. En seguida, cargaron de nuevo conmigo y me hicieron entrar en una casa.

Cuando me desempaquetaron, tardé todavía un poco en volver a la realidad.

Me hallaba en una cocina con olor a fritongos y junto a una gran sala llenas de mesas y de comensales de cara alegre. Estaba en una Sociedad Gastronómica.

Quise pedir auxilio, pero me lo impidió el ver ante mí la cara de mis raptores. Uno, joven y sonriente. Otro, viejo y sonriente también. Sonrientes los dos tras sus enigmáticos embozos. Sé que se sonreían porque sus ojos sonreían.

—Usted suele escribir en la Revista «RENTERIA», ¿no? —me dice el viejo.

—Pues, sí; por compasión del Director.

—Ya lo puede usted decir. Se cae usted de puro soso. (Fuí a decirle: —¡gracias!— pero no me dió

Restaurante

PANIER FLEURI

T. Fombellida



Le meilleur du Pays Basque - Ses spécialités et plats classiques - Ouvert toute l'année

El mejor del País Vasco - Servicio a precio fijo y a la carta - Hermoso jardín y espléndidos salones - Abierto todo el año.



A 7 kilómetros de San Sebastián

Teléfono 5 - 61 - 29

RENTERIA

tiempo, porque prosiguió): Lo que le falla a usted es el tema. El artículo tiene que ser sobre un tema interesante y apasionante. Y sobre todo que sea verdad. QUE SEA VERDAD, —repitió, recalcando—. Y añadió bajando la voz:

—Nosotros le podemos proporcionar ese tema.

—Tema para un artículo y para una novela, —añadió el joven, que había callado hasta entonces.

—Tenemos mucho interés en que salga la verdad a flote, —dijo el viejo—. Hay gente que no nos quiere creer. Por eso queremos que salgan nuestras hazañas en la Revista para que vean todos que son verdad. Mi hijo le irá contando, —dijo señalando al joven— y usted puede ir tomando nota.

—Haré lo que pueda, —respondí; pero, la verdad, la estilográfica se me movía mucho en la mano. Cualquiera mal pensado hubiese creído que temblaba.

—Una vez, —empezó a contar el joven (y hablaba rápido, como si le fuese a faltar tiempo)—. Una vez salí con mi padre a pescar. En toda la tarde, ni una maldita picada. Pero al anochecer, ¡zás!, se hundió el corcho y empiezo a notar unos tirones enormes. Se doblaba la caña como si fuera un mimbre y amenazaba con arrastrarme al agua. Mi padre me aconsejó que soltase la caña, y así lo hice. ¡Qué paz tan enorme! Un remolcador de la «JOPP» no hubiese tirado tan fuerte. La caña osciló un poco, dibujando un abanico en el agua, y luego enfiló en línea recta hacia altamar. No me importaba por la caña. Era el pez aquél, tan enorme, el que me daba pena perder. Por eso, al ver que mantenía siempre la misma dirección, pedí la bendición a mi padre y mi lancé al agua. Cuando llevaba nadando tres millas, alcancé la caña. Fuí llevado a rastras por el pez otras cuatro millas, hasta que lo cansé. No he visto otro con más paciencia que yo para cansar peces... Luego, cogí la caña con los dientes, y gané, nadando, las siete millas que me separaban de la costa. Lo saqué a tierra con ayuda de mi padre. ¡Era un hermoso congrio! Pesó 10 arrobas en canal. Fué una gran pesca. Catorce millas nadando, y un congrio de 10 arrobas. Y esto que cuento es la pura verdad. Y así como lo digo. ¿Verdad que sí, padre?

—Sí, hijo.

—¡Asombroso!, —exclamé, en el colmo de mi entusiasmo—. ¿Y fué hace mucho éso?

—Hace tres meses, —dijo el viejo, mientras el joven asentía con un movimiento de cabeza—. Mire usted, —añadió, señalando a los «tripazais» que había en la sala—: Esos que están ahí, todavía están comiendo congrio.

—¿Cuento la otra?—dijo el joven mirando a su padre?

—¡Esa sí que es hazaña!— exclamó el viejo—. No habrá otro renteriano que haya hecho otra igual. Ni Otaño.

—Empiezo, pues. Un día, salimos en una motora a pescar lubinas. Nos fuimos apartando, poco a poco, de la costa; y cuando nos dimos cuenta, se nos había agotado la gasolina. Estábamos tan lejos, que no se veía la costa. Y la brisa nos iba empujando más y más, mar adentro. Pensábamos ya dejarnos morir de hambre, cuando, en una de éstas, surge una enor-

me mole ante nosotros. ¡Era una fenomenal ballena, tan alta como la torre de la iglesia!

—No tanto, no tanto, —interrumpió el padre—. Yo creo que no era mucho mayor que el Ayuntamiento.

—Bueno, pero con el chorro de agua que echaba por la cabeza, era tan alta como la torre, —dijo el joven, y prosiguió—: En cuanto mi padre la vió surgir, resoplando ante nosotros, me gritó más que me dijo: — ¡Clávale el arpón, muchacho!—. No me hice de rogar. Cogí el arpón, que iba sujeto a un rollo de cordel. Le di dos vueltas, como el lanzamiento de la barra vasca, y lo lancé con todas mis fuerzas.

El arpón hizo un ruido sordo al clavarse. La ballena se sobresaltó y se revolvió, inquieta y desasosegada, como un toro con las banderillas. Intentó en vano quitarse el arpón. Cuando se sosegó, di un grito para asustarla y que empezase a andar. Até la cuerda a la motora y así empezó a remolcarnos la ballena. Usando de la misma cuerda como brida, la enderecé hacia la costa y la hice enfilar hacia la bocana del puerto de Pasajes. Sin embargo, iba perdiendo mucha sangre y se veía que le empezaban a flaquear las fuerzas. Por un momento, temimos no poder llegar al puerto. Pero tuvimos suerte: la ballena se nos portó maravillosamente. Cruzamos la barra sin dificultad, pero la pobre ballena vino a morir a Calaborsa. Allí quedó, varada, impidiendo la circulación. ¿No le oyó usted en los periódicos— añadió— que sólo podían entrar al puerto barcos de pequeño calado y de muy limitado tonelaje? Pues fué por la ballena, que obstruía el canal de entrada.

—Pero, bueno—le dije—: ¿No fué eso por un barco alemán que se hundió a la entrada del puerto?

—¡Tiene bemoles!—se enfureció—. ¿Y por qué encalló el barco sino porque tropezó con nuestra ballena? La pena fué que no pudimos aprovechar el aceite del cetáceo. Todo se desparramó por el puerto, manchando las paredes, las rocas y las escalerillas. Todavía está el puerto lleno de aceite. ¿Verdad que sí, padre?

—Sí, hijo.

Sin duda había terminado el relato porque me amordazaron de nuevo y me volvieron a colocar, en volandas, en el «biscúter».

Cuando me soltaron, estábamos de nuevo en el callejón. El callejón, oscuro, tétrico, tenebroso. Pero yo no tengo miedo.

Temblaba un poco por el relente, por aquel maldito relente. Un gato negro maullaba con desesperación por entre tapia que delimita el camino, y un gusano de luz se balanceaba en una yerba solitaria.

El ruido del «biscúter» que se alejaba me volvió a la realidad.

.....

Muchas veces he meditado sobre esta aventura nocturna. Aventura maravillosa y extraña, asombrosa y verdadera. Porque esta aventura me sucedió en la realidad. Tengo testigos que no me dejarán mentir. Esto ocurrió tal y como yo lo cuento.

¿Verdad que sí, padre?

—Sí, hijo.